
Sadbøi

BERLIAC

Sapristi, 2017

Démosle un par de vueltas a una pregunta menos intuitiva de lo que parece: ¿nacemos en una cultura o acabamos adoptándola? Por lo general, se suele pensar lo primero. Que, al nacer españoles, argentinos o japoneses, viviremos una serie de vivencias que nos harán cercanos a otros que hayan nacido españoles, argentinos o japoneses. Pero, ¿hasta qué punto es eso cierto? En la era de la globalización, tras setenta años de colonialismo cultural estadounidense y ya con varias generaciones de nativos digitales, ¿podemos seguir diciendo que hay fronteras claras entre unas y otras culturas?

Démosle otra vuelta de tuerca. Y los inmigrantes, ¿a qué cultura pertenecen? ¿A la original o la de su adopción? ¿O acaso tienen ambas? Porque esa es la pregunta esencial que se hace *Sadbøi*: dónde yace la identidad. La cultura de cada cual.

Siguiendo la historia de *Sadbøi*, joven inmigrante que huyó de su país de origen a causa de la guerra y que es convertido en un mono de circo por quienes quieren ayudarle en su país de recepción, vemos cómo pasa de ser la gran esperanza de los programas de integración del primer mundo a criminal y finalmente artista, todo mediado por exactamente lo mismo: la incapacidad de nadie de escucharle. Todo cuanto ocurre en la vida de *Sadbøi* es por lo que los demás creen que es. Víctima para quienes se consideran de izquierdas, verdugo para quienes se consideran de derechas, nadie se para a hablar con él. A lo largo de las más de cien páginas del cómic, *Sadbøi* se nos muestra como un lienzo en blanco donde cada cual ve lo que quiere. Una víctima de la guerra. Un criminal horrible. Un artista brillante. Un simple chorizo venido arriba.

¿Y cuál de todas ellas es verdad? Pues, según nos da a entender Berliac, todas y ninguna.

Al igual que la *performance* que articula todo el cómic es interpretada alternativamente como crimen y como obra de arte, el propio cómic deja abierta a la interpretación cualquier conclusión al respecto. ¿Cuáles son las intenciones de *Sadbøi*? ¿Es malvado, solo está trau-



matizado o tal vez es que, como cualquier otro ser humano, solo es demasiado complejo como para pretender ajustarlo al limitado espacio de los arquetipos?

Porque si algo es *Sadbøi*, tanto el cómic como el personaje, es la demostración de cómo solo vemos lo que queremos ver. Cómo nos importan más nuestros ideales, nuestros prejuicios ideológicos, que bajar al barro y encontrarnos con todos los matices y dificultades que implica tratar con las personas. Ya no digamos con cosas tan complejas como la guerra, el crimen o el arte.

En cualquier caso, eso no es lo que más llama la atención de *Sadbøi*. No a primera vista. Ese honor recae sobre su dibujo, claramente manga. O si queremos ser exactos, *gekiga*.

Siendo el *gekiga* aquel manga que, a mediados de los setenta y aprovechando la coyuntura particular del alquiler de manga, decidió abordar historias más adultas con un estilo de dibujo más crudo, *Sadbøi* puede considerarse una refrescante aproximación al mismo. Si es que no una actualización. Pues, si bien su estilo puede recordar al trabajo de artistas como Yoshihiro Tatsumi o Hiroshi Hirata, no es menos cierto que también tiene un estilo más redondeado, más *cartoon* y amable, que parece remitir, especialmente en algunas viñetas muy específicas donde abraza las mecánicas más puras del terror, a autores como Hideshi Hino.

Pero esa influencia no se limita a lo gráfico. El énfasis en los aspectos biográficos, en los personajes y en sus cuitas realistas también se circunscriben dentro de las mecánicas del *gekiga*.

¿Significa eso que *Sadbøi* es una novela gráfica? Novela gráfica en el sentido de cómic intelectual, psicologista y con énfasis en el día a día de sus personajes. En realidad, no. Su herencia manga, su énfasis particular por la historia y su interés por abordar temas complejos desde ese delicado equilibrio entre el puro entretenimiento y la profundidad enterrada poco profundo para quien la busque, lo hace estar más cerca de la polivalente narrativa japonesa que de la, en ocasiones, demasiado polarizada narrativa occidental.

A fin de cuentas, aunque la industria cultural occidental parezca no haberse dado cuenta aún, un cómic puede ser divertido y profundo a la vez. No tiene por qué elegir entre ambos.

Eso lo sabe bien Berliac. Lo demuestra en *Sadbøi*. Pero, a fin de cuentas, todo su cómic exuda japoneidad por todos los poros. Tanto en términos de dibujo como de diseño o narrativa, todo nos remite hacia la lógica propia del manga. Pero, ¿acaso es posible que pueda hacer manga alguien que no sea japonés? Parece ser que sí. Que es posible adoptar una cultura en la cual no se ha nacido.

Algo que no hace sino más grande aún el potencial de Berliac. ¿A dónde evolucionará a partir de *Sadbøi*? Porque si no hay límites para adaptar lógica cultural alguna, ¿qué le impide seguir sumergiéndose en lo japonés o abordar otras formas? Tal vez nos sorprenda. O tal vez solo siga ahondando en esas raíces niponas. Quién sabe. Pero lo que sí podemos saber

con toda seguridad es que, pese a quien pese, *Sadbøi* es uno de los cómics más sugerentes de los últimos años.

ÁLVARO ARBONÉS

Álvaro Arbonés (Zaragoza, 1988) ha estudiado Filosofía en la Universidad de Zaragoza. Escribe crítica cultural en varios medios de Internet (Entrecomics, Mondo Pixel, Miradas de Cine, Studio Suicide). Fue uno de los ganadores del Primer Premio Internacional de Lectura Literaria y también uno de los ganadores del Premio Ariel mejores bloggers jóvenes de ensayo.